

# Las Excavaciones en el sitio del Templo Mayor DE MÉXICO,

POR EL PROFESOR DR. EDUARDO SELER, DE BERLÍN.

Hace medio año que se publicó en el «*Schlesische Zeitung*» un informe escrito por una señora alemana domiciliada en la ciudad de México, basado en las noticias comunicadas por la prensa de esa ciudad, y referente á los importantes descubrimientos que se han hecho en el lugar que ocupó el templo antiguo de los aztecas.

Actualmente se llevan á cabo en la ciudad dicha trabajos de canalización en gran escala, y que tienen por objeto el desagüe del subsuelo y el saneamiento de éste. En el curso de dichos trabajos se abrió una zanja profunda para construir uno de los colectores principales. Esta zanja se encuentra en la *calle de las Escalerillas*, y pasa por el lado posterior de la Catedral. En este lugar se hallaron unas figuras de piedra, utensilios de barro de diferentes colores, cuchillos sagrados de pedernal, y lo que no dejó de causar menos impresión: *adornos de oro*. A causa de estos hallazgos se excitó el interés de los círculos científicos y de toda la ciudad, de un modo notable. Este interés dió un resultado feliz, pues el Gobierno mexicano acordó que, tanto los eruditos como los empleados correspondientes vigilasen los trabajos de la canalización, con el fin de que no perdiesen los operarios, por su inadvertencia, los objetos que se encontraren, y para que no se deteriorase ningún monumento: en lo general se resolvió á hacer excavaciones en mayor escala en aquel sitio importante, ejecutándolas de una manera racional. Los descubrimientos hechos en los últimos meses los relataron los periódicos mexicanos en una serie de reportazgos, algunos de ellos ilustrados con grabados.

No obstante que no han concluído aún estos trabajos y que se espera encontrar más objetos, no carecería de interés un informe sobre lo que se ha encontrado hasta ahora y que señale la importancia del sitio.

No es muy fácil formarse idea exacta sobre el *lugar preciso* que ocuparon los edificios de la antigua ciudad azteca. Quizá no haya habido jamás capital antigua de un pueblo civilizado que se destruyese de una manera tan sistemática y profunda, como lo fuera ésta. La ciudad antigua estaba situada en medio de una laguna salada, sobre islas pequeñas y terraplenes artificiales, descansando estos últimos en estacas clavadas hasta el fondo de la laguna. Tres diques conducían á través de las aguas

de ella á la ciudad, viniendo aquellos de los puntos Norte, Sur y Occidente. Uno de estos diques, el del Sur, se bifurcaba hacia la tierra firme. Canales atravesados por puentes interrumpían en ciertos lugares estos diques, facilitando las comunicaciones en el interior de la ciudad. La parte noroeste de ella, que estaba fuera de los cinco cuarteles que formaban su recinto, es decir, el *barrio de Tlatelolco*, poseía una red tan grande é intrincada de canales, «que casi cada casa era una isla en medio del agua.» Las canoas facilitaban las comunicaciones entre la ciudad y la tierra firme y con el centro de la primera. El acueducto que conducía el agua potable tenía que interrumpirse forzosamente en los lugares donde existía un canal, pues los mexicanos ignoraban el arte de construir bóvedas: el agua potable se conducía de un lado á otro, en estos casos, por arcaduces de madera. En los lugares abiertos tomaban los canoeros el agua para surtir de ella á la población.

Cuando regresó Cortés, el viernes después de Corpus Christi del año de 1521, al frente de la ciudad, con sus trece bergantines construídos en Texcoco, logró en su primer ataque apoderarse de un lugar que era llamado por los mexicanos *Acachinanco*, (1) situado en el dique sur, es decir, sobre la Calzada de Iztapalapa. Allí se bifurcaba el dique hacia la tierra firme.

Para llegar al centro de la ciudad había que pasar por tres puentes, que era necesario ocupar á viva fuerza. El primer puente estaba en *Xoloco*, (2) límite sur de la ciudad; el segundo en *Uitsillan*, por el rumbo del actual hospital de Jesús Nazareno, y el tercero, por el lado sur de la Plaza Mayor en un sitio apellidado *Quauhquiahuac*, «la puerta del águila.» Dicho sitio era una especie de patio del palacio, y allí se veía la efigie de una águila, *quauhtli*, esculpida en piedra, junto á las figuras de un jaguar, *ocelotl*, y de un *cuettlachtli*, tejón.

A principios del siglo pasado (XIX) existía aún en ese lugar un canal que se atravesaba en canoas. Zanjas más anchas y numerosas tuvo que ocupar Pedro de Alvarado en el dique de Occidente, en donde la prolongación de la calle de Tacuba unía la ciudad con la tierra firme. Después de haber desalojado Cortés á los mexicanos de la parte meridional de la ciudad, librando diariamente combates reñidos, se atrevió, cediendo á la impaciencia de sus soldados, á internarse en Tlatelolco, que era un terreno cruzado por muchos canales. Cortés efectuó este ataque avanzando sobre tres calzadas desde el centro de la ciudad y de la calle de Tacuba; mas se vió muy apurado, y una parte de sus tropas fué copada. Con inminente riesgo de su propia vida Cortés tuvo que retirar su gente y abandonar al enemigo la parte ya conquistada de la ciudad. Para evitar en lo futuro otro descalabro semejante, mandó que se tirasen las casas á los canales, y que éstos fuesen cegados conforme se hacían progresos en la conquista de la población. La destrucción de las casas quitaba al enemigo el abrigo, y así la mayor parte de la ciudad fué arrasada mediante el trabajo sistemático de miles de brazos en muchas semanas. Sobre este terreno allanado reedificaron los españoles la ciudad moderna. Nuevos diques se echaron á través de las aguas; el arado rompió el suelo, y floja la tierra, fué arrastrada por las aguas estivales en mayor cantidad á la laguna: así se unía la ciudad, á lo menos durante el tiempo de secas, con la tierra firme. En la actualidad sólo existe el canal de la Viga, que conduce el agua dulce de la laguna de Xochimilco á la ciudad; y allí vemos las canoas movidas por remos, y nos ofrecen el mismo espectáculo del cual disfrutaron los conquistadores en todo el radio de ella y en el centro de la ciudad.

El núcleo de la ciudad antigua culminaba en una elevada pirámide formada por

(1) Hernán Cortés, III, Carta Relación (1522); ed. Gayangos, p. 228.

(2) En el Mapa de Orozco y Berra se encuentra por equivocación el nombre de «*Xoloc*.»

cinco partes. En la plataforma superior de ésta se encontraban los santuarios del dios de la tribu, *Uitzilopochtli*, y el dios de la lluvia, *Tlaloc*. Una leyenda antigua refiere que esta pirámide se construyó en el sitio, ó en las cercanías donde manaba, en medio del cañaverol de la laguna, una fuente de agua dulce. Este manantial se denominaba *Tozpalatl*, «agua del color de las plumas amarillas,» que servían de adorno, y hacía un papel importante en las festividades y ceremonias. Los españoles cegaron esta fuente; pero fué nuevamente abierta por el año de 1528, y estuvo por mucho tiempo en uso en un lugar situado por el lado occidental de la Catedral. Este lugar se llama hoy *el Empedradillo*: la fuente fué cegada por completo más tarde. Al hacerse las nuevas excavaciones se encontró en aquel mismo lugar, á 7 metros de profundidad, un abundante manantial de agua dulce. La pirámide situada en el centro de la ciudad no era la única que existía en la población, pues otra igual, ó acaso más alta, se levantaba en Tlatelolco. A la pirámide de Tlatelolco fueron conducidos los españoles por Motecuhçoma á los cuatro días de haber llegado éstos á la capital: desde la plataforma de aquella pirámide pudieron contemplar los conquistadores el Valle de México y el gran mercado de Tlatelolco. En la parte superior de ella existían también dos santuarios: uno con el ídolo del dios de las lluvias, *Tlaloc*, y el otro con tres ídolos, entre los cuales se encontraba el que Bernal Díaz llamó *Uitzilopochtli*. Según la descripción parece haber sido aquel ídolo la diosa de la tierra, *Teoyaomiqui*, ó mejor, *Couatlícue*; un segundo ídolo llevaba el nombre de *paje de Huitzilopochtli*, y el último ídolo era el de *Tezcatlipoca*. En varias partes de la ciudad existían otras pirámides ó templos. Sahagún, en la edición castellana, párrafo tercero principiando el segundo libro, hace una enumeración al tratar de los «edificios del gran templo de México,» (1) y menciona 78 diferentes construcciones, y entre éstas á 25 pirámides ó templos y cinco oratorios. Además existían, según el mismo autor, varias casillas destinadas á hacer penitencia, cuatro piedras en forma de vaso (*quauhxicalli*), una piedra en forma de disco (*temalacatl*), un gran altar con gradas (*teccalco*), una columna en forma de estrella, siete plataformas para las calaveras (*tsompanlli*), dos juegos de pelota (*tlachtli*), dos sitios cercados, una fuente, tres baños, dos aposentos semejantes á cuevas (*nellatiloan*), una explanada ó plaza para bailes, nueve habitaciones para los sacerdotes, una cárcel destinada para las divinidades de las naciones subyugadas, arsenales, talleres y otros edificios. Es probable que este sea el total de los templos diseminados por toda la ciudad, y de las dependencias de éstos. Entre los edificios mencionados encontramos los nombres de *Uitznauac*, *Acatliyacapan*, *Tezcaouac*, *Quauhquiauac*, y éstos designan, sin duda, ó barrios especiales, ó construcciones situadas en las afueras del templo mayor.

Otra enumeración existe en el manuscrito azteca original de la Biblioteca del Palacio en Madrid. En un párrafo especial que forma parte de él y que no figura en la traducción castellana, se encuentran, bajo esta corta rúbrica: «*in tlein itotoca catca icececni tlatecolocalco*,» los «nombres de las diferentes casas del diablo ó hechiceros» y los varios edificios ó departamentos pertenecientes al templo mayor. Los edificios son únicamente los 15 siguientes:

- a. *Tencalli*, el templo.
- b. *Quauhxicalli*, el vaso de los águila.

(1) A este párrafo se alude, si se habla de las descripciones del templo, de los lugares en donde se han encontrado los objetos, y además á las 78 capillas del templo mayor. Por la enumeración que se da en el texto se aclara que se trata de edificios de un carácter muy diverso, y la suposición de que todos estos pertenecieron al templo mayor, es en lo general errónea.

- c. *Calmecall*, la habitación de los sacerdotes.
- d. *Yxmomostli*, el altar delantero ó de afuera.
- e. *Quauhcalli*, la casa de los águila ó de los guerreros de este nombre.
- f. *Teutlachтли*, el juego de pelota del dios.
- g. *Tzumpantli*, la plataforma de las calaveras.
- h. *Yopico teucalli*, el templo Yopico, el templo de Xipe.
- i. *Temalacall*, la piedra en forma de rueda.
- k. *Colhuacan teucalli*, el templo Colhuacan.
- l. *Macuil cuetzpalli*, el dios «cinco lagartija.»
- m. *Macuil calli*, el dios «cinco casa.»
- n. *Ytvalli*, la explanada del baile ó patio del templo.
- o. *Coatenamitl*, la muralla de las culebras.
- p. *Teuquiyaoatl yc excan callacovaya*, las puertas de los dioses; por ellas se entra de tres diferentes lados.

La situación y la clase de los edificios se demuestran por una especie de plano, como se ve en la lámina I; en este plano se han colocado las letras *a-p* en conformidad con la enumeración que antecede.

En el plano está señalada con la letra *a* la gran pirámide con gradas, en cuya plataforma superior se encontraban los santuarios del dios nacional *Uitzilopochtli*, y el del dios de las lluvias *Tlaloc*, uno junto al otro. Ambos santuarios están indicados en nuestro grabado, y se observa que á cada uno de aquellos conducía una escalera especial. Agregaré que, según las afirmaciones precisas de la Crónica Mexicana de Tezozomoc, (1) se subía á la plataforma superior por tres escaleras, y que la fachada principal del templo veía hacia el Sur, es decir, á la Plaza que actualmente forma el centro de la ciudad. En conformidad con lo que asienta Tezozomoc se observa también que, como se ve en nuestro grabado, era accesible el patio del templo mediante tres puertas ó entradas practicadas en la muralla. Con esto queda rectificada la afirmación de Durán, que en su descripción del gran templo (2) habla erróneamente de cuatro puertas que conducían á las cuatro vías principales.

El número de las gradas correspondía, según Tezozomoc, al número de los días del año, esto es, á 360, teniendo cada escalera 120 escalones. Este aserto queda confirmado por Cortés, quien asegura en diferentes partes de su relación de la conquista (3) que «ciento y tantas gradas» conducían á la plataforma del templo. Motolinía (4) dice lo mismo, y más minucioso es el conquistador Andrés de Tapia (5) al escribir que el número de las gradas fué de 113, «de á más de palmo cada una.»

En el templo mayor de la ciudad hermana, en Tlatelolco, contó Bernal Díaz 114 gradas. (6) Considerando que la altura de cada grada fuera de 10 pulgadas ó 25 centímetros, que es lo que corresponde á la altura de las gradas que observamos aún en los restos de las pirámides de los templos antiguos, tendríamos una altura de 100 pies. Hay que reducir la enigmática noticia de Tezozomoc (7) de que el templo tenía más de 160 cuerpos humanos, poniendo sencillamente 16 en lugar de 160. Cortés calculó que la pirámide de México era más alta que la torre de la Catedral de Sevilla, y esto es

(1) Cap. 30.

(2) Historia de las Indias de N. España, tratado 2.º, cap. 2.º

(3) Cartas y Relaciones de Hernán Cortés, ed. Gayangos, págs. 131, 218.

(4) Tratado 1.º, cap. 12.

(5) Relación, pág. 582.

(6) Historia verdadera de la conquista, cap. 92.

(7) Crónica Mexicana, cap. 50.

exagerado: las medidas que se dan de la Giralda son 114 metros, esto es, 360 pies. (1) Según este cálculo, debía haber tenido cada grada tres pies ó casi un metro de altura.

Por algunos detalles que encontramos en la Crónica de Tezozomoc y en las relaciones de los conquistadores, nos podemos formar una idea respecto á la superficie que ocupaba la pirámide. Tezozomoc (2) asegura que los arquitectos del primer Motecuhçoma se resolvieron, al poner los cimientos del nuevo templo, en darle á éste una longitud de 125 varas. Tomando la vara común por tres pies, se obtiene un cuadrado de 375 pies. Esto se aviene bastante bien con las noticias que Bernal Dfáz nos dió del tamaño del templo mayor de la ciudad hermana de Tlatelolco, que según parece se asemejaba en todo al templo principal de México. Dfáz dice que la superficie ocupada por la pirámide de Tlatelolco medía como seis solares grandes. Sabemos por las Actas de Cabildo de la ciudad de México, que un solar pequeño se componía de un cuadro de 141 pies de longitud, y un solar grande y normal de 150 pies. (3) Seis de estos solares representan una superficie de 135,000 pies cuadrados, que corresponden exactamente á un cuadrado de 3,675 pies por lado.

La pirámide se dividía en cinco partes, según nos informa Cortés en sus Cartas (4) y Bernal Dfáz en su Historia verdadera. (5) A cada dos partes había una plataforma de un paso de ancho, y aquella se extendía por todo el rededor de la pirámide. Estas secciones y las plataformas asumieron cierta importancia durante una de las fases del combate entre mexicanos y españoles. Al regresar Cortés de su expedición contra Pánfilo de Narvaez, se levantaron los mexicanos en masa contra los blancos, poniéndole sitio á su cuartel. Cansado Cortés de soportar este asedio emprendió al cuarto día una salida con el fin de abrirse paso. Los españoles avanzaron cubiertos por unas máquinas movibles de madera; mas fueron rechazados por el enemigo, y los mexicanos llegaron hasta la entrada del palacio fortificado, ocupado por los primeros. Para molestar más á los españoles, que estaban al abrigo de los muros de aquél, subieron unos quinientos guerreros mexicanos á las plataformas de la pirámide del templo, que se encontraba cerca del cuartel español, y con sus saetas inundaron los patios descubiertos del alojamiento, dirigiendo sus tiros desde lo alto de ella. La situación era crítica; mas Cortés, debido á su valor personal, inclinó la suerte del combate á su favor. Se mandó atar á su brazo izquierdo herido la rodela, y en unión de unos pocos compañeros asaltó y tomó á viva fuerza aquella pirámide. Entonces tuvo lugar un combate corto, pero sangriento, y los mexicanos fueron arrojados de la plataforma, viéndose obligados á fugarse por aquellas, deslizándose por las paredes de la pirámide. En la relación azteca que se refiere á estos combates se dice, en el libro duodécimo de Sahagún, lo siguiente: «*auh in tiacavan niemen ie ic valmotepeoa in itlamamatlaioc teucalli, iuhquin ttilazcatl valmotepeoa:*» «y los caciques brincan por todos lados á las plataformas de la pirámide del templo; pareciendo á hormigas negras se descuelgan por todas partes.» En estas estrechas plataformas murieron quinientos de aquellos valientes, después de una lucha que duró algunas horas.

En nuestra lámina no se distinguen estas plataformas: sólo notamos las dos escaleras que conducían por el lado sur á la plataforma de la pirámide; pero sí vemos los dos santuarios. Se notan las dos puertas con sus dinteles y pilares laterales; todo esto hecho de madera, é indicado por el color rojo, con el cual se pintaban las made-

(1) Cartas, pág. 106.

(2) Crónica Mexicana, cap. 37.

(3) Actas de Cabildo, 9 de Febrero de 1527. Véase Joaquín García Icazbalceta, Obras, I, 419-421.

(4) Cartas, pág. 131.

(5) Cap. 92.

ras frecuentemente. Lo que observamos en medio de cada una de las puertas como otras dos entradas pequeñas y oscuras, son indudablemente las piedras de sacrificio (*techcatl*) que se hallaban en el borde de la escalera y á la entrada de los santuarios. Las cornisas de éstos están ornamentadas de una manera diferente, según se ve en nuestro grabado. El santuario de la izquierda del lector lo tomamos, sin vacilar, por el del dios de las lluvias, *Tlaloc*, y está adornado con cuatro tableros verticales azules, símbolo de las lluvias que vienen de los cuatro vientos cardinales. De igual manera está indicado en el Calendario ritual del «Códice Borbónico» el templo del dios de las lluvias, con una cornisa de cuatro cuadros de un color azul. El santuario á la derecha del espectador debe ser el del dios nacional, el del belicoso *Uitzilopochtli*, representado con una ornamentación de discos blancos sobre un fondo negro, que significaba en la pintura figurativa de los mexicanos al «cielo estrellado.» Parece que estas ornamentaciones representadas en la cornisa fueron muy apreciadas por los mexicanos, pues las mismas se ven también en los restos del antiguo palacio de *Huexolla*, cerca de Tezcoco. Estas ornamentaciones se hacían de un modo bastante sencillo: unas piedras cuneiformes se incrustaban en capas de argamasa, teniendo aquellas en el vértice una especie de bola. Se cuidaba que las piedras sobresalieran de las capas de cemento. En los edificios destinados al culto se reemplazaban aquellas piedras con las calaveras de los sacrificados.

Las dos figuras marcadas en nuestro grabado con las letras *b* y *m*, y que están á los lados del templo principal, se apellidan *macuil cuetzpallin*, «cinco lagartija,» y *macuil calli*, «cinco casa,» según se desprende de los jeroglíficos que están junto á ellas. Estos nombres significan ciertos días del Calendario, pero en algunas comarcas se designaba con ellos también á las personas que habían nacido en aquellos días. Lo mismo sucedía con los dioses, adoptándose cierto día por el del natalicio de aquél, ó un día que correspondía á la índole de la divinidad.

El numeral cinco, *macuilli*, y los días que llevaban este numeral, como *macuil cuetzpalli* cinco lagartija, *macuil cozcaquauhli* cinco buitre, *macuil tochtli* cinco conejo, *macuil xochitl* cinco flor, *macuil malinalli* cinco escoba, corresponden en la división arreglada en cinco partes, de las columnas del calendario ó *Tonalamatl*, al cuarto, es decir, á la dirección del *sur*, y significaba á ciertas divinidades. El prototipo de éstas es *macuil xochitl*, que representaba á los dioses de las festividades y de los placeres, á la música, al baile y al juego. La particularidad común de estas divinidades es la representación de ellas por la figura del *Coxcoxlli* (especie de faisán), un ave con un copete de plumas que cantaba al amanecer; los mexicanos acostumbraban representar á esta ave conteniendo en su pico abierto á las caras de los dioses. Así vemos representado al dios *macuil xochitl* en una figura de barro pintado que adquirimos en Teotitlán del Camino y que se encuentra dibujada en la última lámina de mi obra: «*Las pinturas murales de los palacios de Mitla.*» Con frecuencia resta de toda la cabeza del ave solamente el copete y un par de rosetas adornadas con unas cintas colgantes, indicando con esto los ojos y las alas del ave. A veces existe una simple indicación de aquel pájaro. En el Museo Imperial y Real de la Corte se encuentra una serie de esculturas grandes y pequeñas, un cuadro de madera y una figurita de barro, y todos estos objetos nos presentan á aquel dios en la misma forma. De una manera idéntica están representadas las dos figuras *macuil cuetzpalli* y *macuil calli* en nuestra lámina I. Otra particularidad de las divinidades de esta clase consiste en un dibujo blanco al rededor de la boca, asemejándose á veces á los contornos de una mariposa ó de una mano humana: está ligeramente marcado en las dos figuras antedichas. Con claridad nos salta á la vista el símbolo que portan en sus manos: éste es el *Yollo-topilli*, «el bastón con el corazón.» En el manuscrito de Saha-

gún y en el capítulo que trata de los trajes de los dioses se ve representado el dios *macuil xochitl* teniendo en la mano aquel distintivo.

Representan aquí las dos figuras sentadas á aquellas que estaban colocadas, según sabemos por la descripción del P. Durán, (1) en la plataforma del templo principal y en la parte superior de las escaleras. Las figuras servían para sostener los pendones de pluma que se desplegaban en las festividades del dios, anunciando de esta manera la fiesta. (2) No es inverosímil que la figura de piedra que se conoce en México con el nombre de *Indio triste*, (fig. 1) y que se encontró á fines del siglo diez y ocho en terrenos del mayorazgo de la familia Mota, y por lo cual aún se llama la calle cercana *calle del Indio triste*, sea uno de los dos portadores de pendones, y que esta figura se encontrara antes en la plataforma superior de la gran pirámide.

El plano nos muestra un edificio marcado con la letra *k*, y éste se puede identificar, sin duda alguna, con aquel que designamos en el texto con el nombre de *Colhuacan teocalli*, «templo de Colhuacán.» Colhuacán es el nombre de un pequeño pueblo situado á la parte noroeste de la laguna de Xochimilco, á la distancia de dos leguas de la ciudad de México, y á la vez también una habitación primitiva de los aztecas. En este lugar (*Colhuacan*) situado en la margen opuesta del lago que atravesaron los mexicanos, encontraron ellos, según la leyenda, á las tribus sus parientes; á los *nahuatlacas*, y recibieron allí mismo á su dios *Uitzilopochtli*. En el edificio marcado con la letra *k* vemos á la entrada la efigie del dios *Uitzilopochtli* que lleva en la mano al *Xiuhatl*, amiento azul adornado con turquesas, que remataba con una cabeza de culebra; á sus espaldas se mira una cabeza de ave: todo esto significaba, sin duda alguna, á un colibrí (*uitsitzilin*), que era el símbolo (*nahualli*) de este dios; y no debemos titubear en asegurar que este edificio *k* representaba al templo *Colhuacan*, al templo antiguo de *Uitzilopochtli*. El templo antiguo se substituyó en el reinado del quinto rey mexicano, *Moteczuma Ilhuicamina*, con la nueva construcción de la gran pirámide.

Por el lado frontero del templo principal están indicados en nuestro plano, en una sola línea, tres edificios que sin duda se seguían en esa forma, desde la entrada principal del patio del templo hasta la escalera que conducía á la pirámide. Estos edificios eran: *b*, *quauhxicalli*, «el vaso del águila;» *g*, *tzompantli*, «la plataforma de las calaveras,» y *f*, *teotlachtli*, «el juego de la pelota del dios.»

*Quauhxicalli*, «el vaso del águila,» era el nombre con el cual se denominaba á el recipiente destinado á contener la sangre de las víctimas que eran sacrificadas en honor de sus dioses. Para esto se empleaban unas vasijas de piedra, más ó menos valiosas y adornadas en los bordes con las plumas del águila, labradas en relieve; por la parte interior, en el fondo de la vasija, se veía la imagen del sol, y en la parte de afuera, hacia abajo, la efigie de la rana terrestre, la cual llevaba en el hocico un cuchillo de



FIG. 1.

(1) Tratado 2º, cap. 2.

(2) Compárese el Códice de la Biblioteca Nacional de Florencia, plancha 58.

pie­dra: este último era el símbolo del sol naciente. (1) Para las proporciones modestas de una comunidad pequeña, y en las cuales se verificaban pocos sacrificios humanos, bastaban unos *cuauhxicalli* de pequeñas dimensiones. Aún se conservan ejemplares de éstos: en el Museo Etnográfico de Berlín existe uno, y otro en el Museo Imperial y Real de Ciencias Naturales de Viena. Este ejemplar procede de la colección «Becker.» Los templos principales los necesitaban de mayores dimensiones. El vaso no se llevaba como antes á la presencia del ídolo, sino que se le designaba un sitio especial en las inmediaciones de la subida principal del templo. De estos *quauhxicalli* grandes se conservan también algunos. En los «Anales del Museo Nacional de México» (2) describió y dibujó el Sr. Jesús Sánchez dos *quauhxicalli* que se conservan en ese Museo. Es probable que la gran piedra en forma de disco que vió el P. Durán cerca de la puerta principal de la Catedral de México y hacia el Occidente, (3) se empleara como *quauhxicalli* en el templo principal. La piedra fué enterrada y nuevamente encontrada en 17 de Diciembre de 1791, al hacerse un empedrado en la Plaza Mayor. (4) Esta piedra está, como se sabe, adornada por la parte superior con la efigie del sol, y en la superficie cilíndrica, con unos grupos de guerreros que llevan á un prisionero afianzado por el copete. Una pequeña cavidad en forma de vaso y situada en el centro de la efigie del sol, caracteriza á esta piedra como vasija, *xicalli*. Los guerreros son los águilas (*quauhtin*). La piedra se conoce bajo el nombre de «Piedra de Ticoç,» porque el jefe de los grupos de guerreros lleva adjunto el jeroglífico de aquel rey.

No es visible aquella piedra por su parte inferior. En nuestra lámina se miran partes del terraplén en donde estaba colocada. El sitio está, además, marcado por la figura de un sacerdote con sus paramentos sacerdotales, llevando en las espaldas una bolsa con tabaco (*yequachtli*), en la mano izquierda otra con copal (*copalxiquipilli*), y en la derecha un zahumador (*tlemaitl*): en él se ven brasas candentes sobre las cuales se quemaba el *copalli*. El *quauhxicalli* era el sitio donde acostumbraban los sacerdotes ofrecer incienso al dios.

Era el *tzompantli* un edificio construído sobre estacas con travesaños y encima de una plataforma larga, angosta y sesgada. Los cráneos perforados por las sienes se colocaban sobre estos travesaños. En el plano está marcado este sitio con la letra *g*. Es de presumirse que en el recinto del templo principal existieran varias de estas construcciones. El que está aquí representado es naturalmente el *Ueitzompantli*, el gran edificio de las calaveras, que existía, según dice Sahagún al principio del libro segundo, enfrente del gran templo de *Uitzilopochtli*; sobre éste se colocaban los cráneos de los sacrificados en la fiesta principal de aquel dios, es decir, en la llamada *Panquetzalistli*. De la descripción hecha por Durán se llega á la conclusión de que este *tzompantli* se encontraba fuera del muro que cercaba al templo principal; y el historiador Veytia fué de la misma opinión. Nuestro plano se opone á tal aserto, que no es de aceptarse por las razones siguientes.

Al verificarse la fiesta principal de *Uitzilopochtli*, la de *Panquetzalistli*, se colocaban los prisioneros al pie del terraplén sobre el cual descansaba aquel tablado. En seguida se presentaba *Painal*, «el solícito veloz,» el precursor de *Uitzilopochtli*, con el ídolo de aquel dios en las manos. *Painal* subía las gradas que conducían al

(1) Véanse mis disertaciones en el «Ethnologisches Notizblatt» «Hoja de noticias etnológicas,» tomo 2º, cuaderno 1º, pág. 14.

(2) Tomo III, pág. 134 y 296.

(3) Durán, Tratado 2º, cap. 4º y 9º.

(4) Gama, Las dos Piedras, II, 46.



*cuauhxicalli*, y bajándose por el otro lado ascendía al *tzompantli*, adonde se encontraban las víctimas destinadas para el sacrificio.

A cada prisionero conducía el *Painal*, uno por uno, al lugar del sacrificio, después de haberles enseñado el ídolo. Así lo relata el P. Durán en aquel ya tantas veces citado capítulo, en el cual trata del templo principal de México. La descripción no deja la menor duda sobre el sitio de la pirámide del templo, del *quauhxicalli* y *tzompantli*, y prueba que en los lugares designados en el plano con las letras *b* y *g* se encontraban, efectivamente, éstos. El mismo orden de *tzompantli*, *cuauhxicalli* y *teocalli* se sigue en las escenas de las ofrendas, del manuscrito de Sahagún que se conserva en la Biblioteca del Palacio de Madrid. En este manuscrito se da la explicación de las diez y ocho fiestas del año.

Se daba el nombre de *tlachtli* al sitio donde se jugaba á la pelota: este juego no se ejecutaba con las manos sino con las caderas, y era una diversión de los grandes señores, y por consiguiente, necesitaban también los dioses de un *teotlachtli*. La forma de el sitio de un juego de pelota es conocida por las noticias de los historiadores y los jeroglíficos de las ciudades que tienen la sílaba *tlach* en su nombre, y además por los restos de esas construcciones que se encuentran en las ruinas antiguas. No hay duda que en el lugar *f* de nuestro plano existía el *teo-tlachtli*.

Tocante á los otros edificios marcados en el plano seré más breve. En el lugar marcado con la letra *c* se debe buscar el *calmecatl*, «la casa de los sacerdotes,» como dice el texto. De la puerta de este edificio van las huellas de unas plantas humanas al *quauhxicalli*, adonde vemos al sacerdote ofrecer el *copalli*. Las casas de los sacerdotes eran probablemente un conjunto de habitaciones, una al lado de la otra. Esto lo afirma Cortés en su segunda carta, diciendo que á lo largo de la muralla había, por el lado interior, unas habitaciones, unas salas grandes y unos corredores, y que éstas eran la morada de los sacerdotes. Finalmente: se comprueba esto con el mismo nombre de *Calmecatl*, que se puede traducir por «la línea de casas,» ó «casas alineadas.» Por este motivo presenta nuestra lámina en el edificio *c* dos puertas que están juntas.

No me atrevo á identificar con igual certeza el edificio marcado en el plano con la letra *e*, con el *cauh-calli* del texto. Sin embargo, puedo citar algunos hechos que hablan en favor de aquella identificación. *Quauhcalli* significa «la casa del águila,» ó «la casa de los guerreros,» pero puede también significar «la casa del sol,» ó «el templo del sol.» El sol era el *Quauhtleuatl* ó *Quauhtleoauitl*: «el águila que asciende.» Sabemos por el P. Durán (1) que en el templo del sol había un aposento al cual se subía ascendiendo por unas 40 gradas; en este aposento colgaba de la pared un cuadro del sol, pintado sobre un lienzo, y el aposento se llamaba *Quaquauhtinchan*: «la casa de los águilas.» En el tiempo que escribía el P. Durán estaba situado aquel templo del sol en el sitio donde se edificó la Catedral de México. Como veremos adelante su ubicación era el ángulo suroeste del antiguo recinto del templo, y precisamente en el sitio en el cual está dibujado en nuestro plano el *quauhcalli*. Además: dice Durán que este templo del sol colindaba con el patio y en este último se encontraban juntas las piedras en forma de disco, es decir, el *cuauhxicalli* y el *temalacatl*. Ambas piedras descansaban sobre un basamento y se podía subir á ellas por los cuatro lados. En el fondo del mismo patio estaba el *Yopico teocalli*, el templo de *Xipe*. Esta descripción adolece de cierta obscuridad; pero podemos suponer que nuestra autoridad, Durán, tendrfa en cuenta el sitio donde estaba el gran *quauhxicalli*, del cual no estaría muy lejos, como veremos, el *temalacatl*. El de éste

(1) Tratado 2º, cap. 10.

era el centro de la parte anterior (sur) del gran patio del templo. Efectivamente: se levantaba por este lado del patio el templo del sur, y por el otro, según nuestro plano, el *Yopico teocalli*. No hay duda de que el templo marcado en él con la letra *h* se deba tomar por el *Yopico teocalli*. El templo de *Xipe Tolec*, «nuestro señor el desollado,» llevaba también el nombre de *Yopico*: á este dios que vestía una piel humana desollada se le dedicaba, al principiar la primavera, una fiesta llama *tlacaxipeualiztli*, el desuello de hombres. Toda la figura de él la vemos en el lugar marcado con una *h*, teniendo en la mano un *chicauastli*, «bastón con sonaja.»

Seguramente se debe buscar en el lugar marcado en el plano con la letra *i* «la piedra en forma de disco,» el *temalacatl*: sobre esta piedra se ataba al prisionero de guerra que se sacrificaba en la fiesta del *Tlacaxipeualiztli*. Se obligaba al cautivo á defenderse con armas embotadas, contra unos contrarios que las portaban verdaderas, hasta que aquél, abatido y sin defensa, fuese entregado al sacerdote para ser sacrificado. La piedra redonda dibujada en ese lugar *i*, descansa sobre una base ó terraplén, y está caracterizada por una sogá adornada con plumas de garza, saliendo del centro, y es el *temalacatl*. El dibujante pintó esta piedra de canto para mostrarla de lleno, pues ella se encontraba, naturalmente, en posición horizontal. La sogá es el *astamecatl*, «la sogá de plumas de garza,» que servía para atar á los prisioneros á la piedra. El P. Durán identifica á esta piedra, es decir, al *temalacatl*, con la «piedra del calendario,» ó sea aquella piedra grande y redonda que tiene en su centro la efigie del sol juntamente con los cuatro soles prehistóricos y los veinte símbolos de los días, mostrando en la circunferencia las dos culebras del año ó de las turquesas (*xiucouatl*). Esta piedra lleva, además, el jeroglífico de *matlactli omei acatl*, «trece caña,» año del nacimiento del sol, y el P. Durán la vió cerca del canal que, situado en la parte sur de la Plaza, pasaba al frente del Portal de las Flores. La piedra fué enterrada allí mismo y nuevamente encontrada, en 3 de Diciembre de 1790, al hacerse los trabajos del empedrado. (1) Nos abstenemos de dar nuestro parecer tocante á si estaba ó no equivocado el P. Durán.

El patio del templo ó del baile, *n, itualli* ó *teo-itualli*, estaba cercado por una muralla *o*, formada con unas culebras de piedra enroscadas y entrelazadas, y que por esto se llamaba *Coatenamitl*, «la muralla de las culebras.» En esta muralla se veían las tres puertas *p, teoquiahuatl*, «puertas de los dioses» ó «puertas del templo,» existiendo una principal y ancha por la parte sur; y otras dos menos amplias en las murallas del oriente y poniente, *ye excan callacovaya*, «por las cuales podíase entrar de tres lados,» como se dice en nuestra cita, ó como lo encontramos en el libro duodécimo de la historia de Sahagún: «*in izquican quixoia in quauhquiavac tecpantzinc acatl yiacapan tezcacoac*, «en todas las salidas y entradas de las cuales se llegaba á la puerta del águila y al cuartel del palacio, al cuartel del «salto de cañas» (situado en el noroeste) y al otro cuartel llamado de la «culebra del espejo,» al noroeste de la ciudad.»

Tocante al recinto ocupado por todo el radio del templo, poseemos, desgraciadamente, sólo unos datos abreviados. Cortés dice en su segunda carta que en el recinto cercado por las murallas del templo se hubiera podido edificar una ciudad entera, conteniendo ésta á quinientos ciudadanos. En su tercera carta afirma lo mismo, reduciendo el número de ciudadanos á cuatrocientos. El P. Durán nos quiere dar una idea del tamaño de éste, diciendo: que en el día desgraciado en el cual sorprendió Pedro de Alvarado traidoramente á los indefensos mexicanos, á lo más florido de la

(1) Gama, Las dos Piedras, I, 10-11.

nación que se había reunido para celebrar la fiesta de *Toxcatl*, fueron víctimas de los españoles unos 8,600 hombres: esta gente estaba bailando en el patio del templo.

Sobre el modo como se llevó á cabo la demolición de la masa gigantesca de piedras que formaban el templo principal, no poseemos ninguna noticia detallada. Es probable que ellas hayan servido para la edificación de la nueva ciudad española, porque una gran parte de las que cubrían la superficie del templo se podían emplear inmediatamente. La masa de tierra y piedras que formaban el centro de la pirámide se emplearía en cegar los canales y para elevar el suelo. En el límite sur del recinto del templo fundaron su convento los padres franciscanos que llegaron al país el año de 1524, siendo los primeros apóstoles del cristianismo; al siguiente año fué cedido este terreno para fabricar en él la Catedral. Esta iglesia, la primera que se erigió al culto cristiano en el país conquistado, fué al principio iglesia del convento dedicada á San Francisco, y después á Nra. Sra. de la Asunción. En sus cimientos se utilizó, según el testimonio de varios autores, una considerable cantidad de ídolos, y principalmente gran parte de los restos de la muralla de las culebras. (1) La primera iglesia fué reemplazada en el año de 1626 por otra nueva. Es la Catedral actual. La entrada principal de la iglesia antigua que miraba al occidente, la llamada «Puerta del Perdón,» es ahora la parte anterior de la Catedral, el Altar del Perdón, que está situado en la parte delantera, atrás del coro. (2)

Otra parte del antiguo recinto del templo fué cedida á varias personas de la nueva ciudad española, para edificar casas en ella. Como una parte de el llamado «frontero de Uchilobos,» es decir, los solares que existían en la parte frontal del recinto del templo ó de la pirámide principal, quedase abandonada, fueron nuevamente repartidos según la resolución especial del cabildo y con fecha de 8 de Febrero de 1527. Sobre este terreno, ocupado por edificios particulares, algo al norte y oriente de la Catedral, tenemos que buscar el verdadero sitio en el cual se levantaba el templo y la gran pirámide, con los santuarios de *Uitzilopochtli* y del dios de las lluvias *Tlaloc*. Tezozomoc dice terminantemente: «Este templo y cerro estaba junto á donde fueron las casas de Alonso de Ávila y Don Luis de Castilla, hasta las casas de Antonio de Mota, en cuadra.» (3)

El apellido de la familia Mota quedó por mucho tiempo á la cuadra de casas situada entre la actual calle 1.<sup>a</sup> del Relox y 2.<sup>a</sup> del Indio triste; de manera que debemos buscar el centro de la antigua pirámide en la calle de Las Escalerillas, y sus límites extremos hasta cerca de la calle del Relox.

Sobre la extensión de la antigua muralla de las culebras no poseemos testimonios directos; sin embargo de esto se han marcado con regular certidumbre los límites de ella por tres lados. Por el lado sur quedaba excluída del recinto del templo la mayor parte de la Plaza actual: todo el terreno comprendido entre el Portal de Mercaderes y el Palacio Nacional. No con igual certidumbre se puede marcar el límite por el lado del norte. Con alguna precisión se deduce esto por los datos de la Crónica Mexicana de Tezozomoc. Por el lado del poniente y por el del oriente se nos presentan las líneas frontales de los palacios antiguos y nuevos de Motecuhçoma, que son conocidos como límites, pues por un decreto real fechado en 6 de Julio de 1529 fueron ambos palacios cedidos á Cortés en calidad de propiedad privada. El palacio antiguo abrazaba la cuadra de casas situada entre el llamado hoy Empedradillo, antes Placeta del Marqués, y las calles de Tacuba, San José el Real, y 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> de Plateros. En

(1) Durán, Tratado 2.<sup>o</sup>, cap. 2 y 9. Vetancourt, Teatro Mexicano, pte. III, cap. III, núm. 81, 82.

(2) Joaquín García Icazbalceta, Obras, I, 422, 423.

(3) Crónica Mexicana, cap. 70.

este antiguo palacio residían en los primeros tiempos las Audiencias y los Virreyes, pues la Corona quiso adquirir este edificio, y aun había hecho un pago adelantado sobre él. La Corona consideró más tarde que sería mejor la adquisición del Palacio nuevo, es decir, del terreno que actualmente ocupa el Palacio Nacional, y, en efecto, se compró aquél el año de 1562, en la cantidad de 34,000 castellanos. (1) Los arqueólogos mexicanos Alamán y José Fernando Ramírez opinaron que los límites hacia el norte eran la calle de Cordobanes; y esto será más ó menos verosímil, pues es de suponerse que todo el recinto del templo tendría, como la pirámide, una forma cuadrangular.

Los primeros siglos de la dominación hispano-cristiana abrigaban solamente un sentimiento hostil hacia los monumentos procedentes de los tiempos antiguos de los mexicanos. Estos monumentos fueron destruidos hasta donde fué posible, prevaleciendo la idea de que también se destruían con ellos á los demonios que habían sido adorados en aquellos. Con el tiempo se arraigó el cristianismo en la población indígena, y entonces desapareció poco á poco la aversión, y un interés arqueológico llegó á dominar entre la población culta y en los círculos científicos.

A fines del siglo diez y ocho acaecieron hallazgos importantes de antigüedades en la vecindad del antiguo templo. En 13 de Agosto de 1790, se encontró, al hacerse unas excavaciones con el objeto de construir una atarjea, por el lado sur de la Plaza Mayor, á cinco varas al norte del canal que aún existía enfrente del Portal de las Flores, y á 37 varas al poniente del Palacio Real, la efigie colosal de la diosa de la tierra: á esta estatua la llamaron los arqueólogos mexicanos *Teoyaomiqui*, y con más acierto el Sr. Alfredo Chavero, *Couatlícue*, «la diosa con la vestidura de culebras.» Esta escultura ha producido gran impresión, como ninguna otra, á causa de su tamaño y de su singularidad.

En todas las obras populares que se refieren á México se ve reproducida aquella estatua, y copias de esta misma en yeso, cera, caucho y otros materiales se venden por centenares á los aficionados.

Una reproducción de ella, al tamaño natural, se hizo para la exposición histórico-americana de Madrid del año de 1892, y se encuentra ahora en el Museo Real de Etnografía de Berlín. En un artículo referente á las grandes esculturas de piedra del Museo Nacional de México (2) he llamado la atención sobre otra figura más pequeña de la *Couatlícue*, procedente de Tehuacán y conservada en el Museo Nacional de México. (3) En aquel artículo indiqué que esta estatua nos puede servir de clave para descifrar á la singular y colosal escultura que se llama *Teoyaomiqui*. Para los mexicanos, como para todos los pueblos, significaba la tierra á la madre común, que produce en su seno á todos los seres vivientes, siendo el cielo el padre. Pero la tierra era también, y esta face de su ser resalta más en el culto de los mexicanos, el monstruo que se traga al sol, que absorbe las aguas del cielo y que prepara una sepultura á cada ser viviente: por este motivo era la tierra la diosa del *Tlillan*, del reino de las sombras. Conforme á esta interpretación se representaba á la tierra en la actitud de un animal de rapiña, mostrando sus garras de jaguar y vestida de una enagua tejida con víboras de cascabel, teniendo además una calavera. Así vemos á la diosa de la tierra en la figura de Tehuacán y en la estatua colosal de la llamada *Teoyaomiqui*. En esta última se la representa con la cabeza cortada; por la herida salen de las carótidas, cual dos ríos de sangre, dos culebras que se retuercen hacia adentro,

(1) Joaquín García Icazbalceta, Obras, vi, 285-87.

(2) Ethnologisches Notizblatt, tomo 1.º, cuaderno 1.º, págs. 19-31.

(3) Véase: Hamy, Decades Americanae, II, 13. París, 1884, pág. 90.

y las puntas de sus colas se unen con sus hocicos en la línea central de la figura. De esta manera se representa una nueva cabeza, una doble imagen de culebras; vista por el frente y por atrás ofrece el mismo aspecto, porque los ojos y los dientes de las dos culebras están repartidos simétricamente; las lenguas bífidas se unen también en una doble lengua de culebras. También se consideran las manos como no existentes: al igual de la cabeza, de los muñones sale una culebra que se inclina hacia adelante, de manera que se ven las cabezas por el frente. Por una noticia de la obra de Torquemada sabemos que en los tiempos antiguos de los mexicanos existía por el lado sur de la Plaza Mayor y al otro lado del canal que había por aquel rumbo, una casa pintada de negro que tenía el nombre de *Tlillan-calco*, y á la cual podemos considerar como un santuario de la diosa de la tierra, *Couatlicue*. Este edificio era la oficina de la personalidad que llevaba el título oficial de *Ciuacouatl*, que es otro nombre con el que se designaba á la diosa de la tierra. Tezozomoc identifica á este *Tlillan-calco* con la «Casa de la Moneda.» (1) Por una descripción de la ciudad de México, escrita en latín por Francisco Cervantes Salazar, y publicada en 1554, sabemos que efectivamente existía en aquel tiempo entre el Cabildo y la casa de Doña Marina, junto al Portal de las Flores, la «Casa de la Fundición.» Esta obra la publicó con una traducción castellana el finado Sr. Joaquín García Icazbalceta. (2) La estatua colosal de la llamada *Teoyaomiqui* se encontró á cinco varas hacia el norte del canal, y casi enfrente de esta Casa de la Fundición; y es muy probable que aquella estatua haya estado antes en el antiguo *Tlillan-calco*, siendo el ídolo de este santuario.

En 12 de Diciembre de aquel citado año de 1790 se encontró casi en el centro de la Plaza Mayor, á 37 varas al norte y enfrente al Portal de las Flores, precisamente en la dirección de la segunda puerta del Palacio Real y á 80 varas al poniente de ésta, una segunda escultura de piedra. Se conoce ella con el nombre de *Calendario Azteca*. Tal piedra, en forma de disco, muestra sobre la superficie la efigie del sol en el signo de *nauí olin*; sobre los cuatro brazos del signo *olin* se ven los cuatro soles prehistóricos, y en el rededor los de los veinte días; en la periferia se miran las imágenes de dos culebras de turquesas ó anuales (*Xiuhcouatl*) y la fecha de 13 *acatl*, año del natalicio del sol. (3) Sobre esta piedra se ataba al prisionero al verificarse el sacrificio gladiatorio, en el cual se defendía aquél contra sus agresores. Durán identifica, como he dicho, á esta piedra con el *temalacatl*, ó piedra de figura de «telarañas.» Todo habla en contra de esta opinión, si nos fijamos sobre lo que sabemos por las descripciones y grabados del *temalacatl*. Parece que éste estaba, efectivamente, adornado en su superficie con la figura del sol, igual al *Calendario Azteca* y á los *quauhxicallis*, pero aquel tenía, como lo indica el nombre, una abertura en el centro; de esta salía una sogá, y este distintivo falta al *Calendario Azteca* y al *Quauhxicalli*. En mi disertación tocante á estos monumentos, emito el parecer de que la singular ranura que atraviesa á la efigie del sol, esculpida sobre la superficie de la piedra de *Tiçoc*, se encuentra también en el reverso de la piedra, esto es, opuesta á la figura en relieve del rey: la ranura sirvió acaso para la sogá, ó con otras palabras, me inclino á creer que aquella piedra *quauhxicalli* es el mencionado *temalacatl*. Pero he cambiado de opinión y creo ahora que el *temalacatl* del templo principal de México no se ha encontrado aún, ó que ya no existe. Quiero proponer otra interpretación con referencia al *Calendario Azteca*: esta concuerda en lo general con la emitida por el Sr. Orozco y Berra. Arriba dije que en el ángulo suroeste del re-

(1) Crónica Mexicana, cap. 56.

(2) Obras, vi, 286.

(3) Gama, Las dos Piedras, I, 10-11.

cinto del templo, existía el templo del sol, llamado *Quaquauhlinchan* por Durán, y se encuentra marcado en nuestra lámina con la letra *e*, pareciendo llamarse en el texto: *Quauhxicalli*. Nos refiere Durán (1) que en el día *nauí olin*, «cuatro movimientos,» esto es, en el día destinado al sol presente, se le ofrecía á aquel un sacrificio. Un prisionero expresamente escogido para este objeto, llevando un bastón y una maleta de viaje, se enviaba al sol en calidad de mensajero: el mensaje que debía de llevarlo recibía éste verbalmente. El prisionero subía entonces por las cuarenta gradas al aposento donde se encontraba pintada sobre un lienzo la efigie del sol. El enviado ascendía poco á poco, descansando en cada grada, imitando así á la carrera del sol cuando éste se eleva sobre el horizonte. Según se dice, subía el prisionero sobre la piedra *Quauhxicalli*, que tenía en su superficie la imagen del sol. Allí repetía el mensaje dirigiéndose hacia el sol ó á la efigie de éste, que colgaba del muro. En seguida se apoderaban los sacerdotes del mensajero y despojándole de los aparejos del viaje, se le sacrificaba sobre el mismo *quauhxicalli*. Durán identificaba á este *quauhxicalli* con el gran *quauhxicalli* ó *Piedra de Tiçoc*, que estaba enfrente de la subida á la gran pirámide del templo de *Uitzilopochtli*. De la descripción dada por Durán se deduce que este sacrificio tenía lugar en la parte alta del templo del sol, enfrente de la capilla donde estaba su imagen pintada. Este *quauhxicalli* debe haber estado en la parte superior del templo del sol y no en la subida que conducía á la pirámide de *Uitzilopochtli*. Además, nos muestra la figura de esta piedra, que nos da Durán como ilustración á ese capítulo, un dibujo muy diferente á aquel que se observa en el *quauhxicalli de Tiçoc*. En el grabado del *quaxicalli* en el cual se sacrificaba al mensajero, vemos en el centro el signo *nauí olin*, «cuatro movimientos:» es el símbolo del sol presente, y según parece está rodeado por un anillo, en el cual se grabaron los signos de los veinte días. Sobre la piedra de *Tiçoc* no hay absolutamente nada de esto; pero encontramos precisamente los mismos signos que se hallan en la gran piedra en forma de disco y que se llama el *Calendario Azteca*, que se encontró en el mes de Diciembre de 1790 en el centro de la Plaza Mayor de la Ciudad de México. Es indudable que el *Calendario Azteca* era el *quauhxicalli* que existía en la parte superior del templo del sol, situado en el ángulo sudoeste del recinto del templo principal.

La tercera piedra se halló en 17 de Diciembre de 1791, enfrente del Empedradillo, plazuela antes llamada «Placeta del Marqués,» precisamente en el lugar en donde hacía un ángulo el muro antiguo que cercaba el cementerio perteneciente á la Catedral, (2) Esta piedra en forma de disco es la misma que vió Durán cerca de la puerta principal de la antigua catedral de México, y la cual miraba hacia el occidente. Es la gran piedra de *Tiçoc* que tiene en su superficie á la imagen del sol, y en su cilindro á los grupos de guerreros que llevaban á un prisionero asido por el copete. Conforme á las discusiones publicadas por el Sr. Orozco y Berra en los «Anales del Museo Nacional de México,» (3) podemos asegurar que esta piedra ha sido el *gran quauhxicalli* que estuvo enfrente del templo nuevo de *Uitzilopochtli*. Sábese, efectivamente, por la crónica de *Tezozomoc*, que este templo se concluyó durante el reinado de *Tiçoc*, y que se inauguró por el sucesor de aquél, es decir, por *Auitzotl*.

Indiqué más arriba que el relieve que se mira sobre el cilindro de aquella piedra expresa en cierta manera el nombre de *quauhxicalli*.

Las tres piezas que hemos descrito han impresionado mucho, tanto por su ta-

(1) Tratado 2º, cap. 10.

(2) Gama, Las dos Piedras, II, 46

(3) Tomo 1º, México, 1877, pág. 3.

maño, como por el interés que excitaron las figuras grabadas sobre ellas. Por este motivo me ha parecido adecuado consagrarles una discusión especial. Con el transcurso del tiempo se han encontrado en el sitio y en la vecindad del templo principal una gran cantidad de piezas. La mayor parte de éstas se han salvado é incorporado al Museo Nacional de México. Desgraciadamente carecemos aún de un informe basado sobre datos oficiales que nos aclare la procedencia de las diferentes piezas monumentales que pertenecen actualmente á aquel Museo. Sólo mencionaré dos piedras más, porque han sido descritas y reproducidas en muchas ocasiones, y porque creo que las puedo identificar. Una de estas piezas es la llamada *el Indio triste*, (grabado núm. 1); es la figura de un indio sentado y que se encontró en el cuadro de casas situadas al oriente del recinto antiguo del templo mayor. Este cuadro pertenecía anteriormente al mayorazgo de la familia Mota, y la calle que pasa por allí se llama aún *Calle del Indio triste*. El nombre de «Indio triste» se dió á aquella figura sentada, porque parece estar en una actitud melancólica. Gama vió en él una representación del *Dios del pulque*, opinando que la figura había tenido un vaso en las manos. Chavero juzga mejor diciendo que representa á un portador de antorchas ó de pendones. Sin duda alguna esta figura es un porta-estandartes, y según opinión mía, es, con toda certeza, una de las grandes figuras de piedra que se hallaban en la plataforma superior de la gran pirámide de *Uitzilopochtli*, y en el final de la escalera; en estas figuras se colocaban los pendones en los días de fiesta: en nuestro plano están ellas marcadas con los nombres de *Macuil calli* y *Macuil cuetzpalin*, siendo ambos dioses de las festividades

La segunda pieza de que quiero ocuparme es la bien trabajada figura de una cabeza grande (fig. 2). Esta cabeza se encontró en el terreno del mayorazgo de la familia Mota, y en un lote que compraron las monjas de la Concepción. Fué regalada el año de 1829, á ruegos del Sr. Bustamante, por la Abadesa de aquel convento, al Museo Nacional. Bustamante opinó que esta cabeza representaba á la *Te-mazcalteci*, «la abuela de los baños de estufa,» una forma de la antigua madre de los dioses, es decir, de la diosa de la tierra. Bustamante creyó que lo que la singular imagen tenía en las mejillas era un parche de *ulli*, igual á aquel que portaba la diosa de la tierra en ambos carrillos, según la descripción que se hace de esa divinidad. No es un parche redondo y sencillo el que lleva esta cabeza colosal, sino un relieve en el cual se ven representados con toda claridad los jeroglíficos de *teocuitlatl* (oro), y más abajo la figura de un cascabel (*coyolli*). Yo opino que se puede asentar con toda



FIG. 2.

certidumbre que esta figura representa la cabeza de la *Coyolxauhqui*, la hermana mayor de *Uitzilopochtli*, y su enemiga. El nombre *Coyolxauhqui* significa: «la que tiene pintada la cara con cascabeles.» La leyenda dice que los *Centzonuitznaua*, los «400 hombres del sur,» los hermanos de *Uitzilopochtli*, atacaron, guiados por su hermana mayor *Coyolxauhqui*, al *Couatepetl*, al «cerro de las culebras,» con el objeto de matar á la madre de ellos, á *Couatllicue*. Ésta, aún doncella, había quedado embarazada por «una pelota de plumas.» *Uitzilopochtli* salió de su seno armado con el *xiuhcouatl* y cortó con éste la cabeza á *Coyolxauhqui*; la cabeza quedó tirada sobre el *Couatepetl*, mientras que los restantes miembros caían uno por uno al pie del cerro. *Uitzilopochtli* ahuyentó después á los *Centzonuitznaua* y los persiguió; dió cuatro vueltas al rededor del cerro, y matando á muchos de aquellos se apoderó de sus propiedades. Con el *Couatepetl*, el «cerro de las culebras,» lugar del nacimiento de *Uitzilopochtli*, y donde ejecutó su primera y principal hazaña, se identificaba á la gran pirámide de *Uitzilopochtli*, y ésta se designa en varias ocasiones en la Crónica de *Texomoc*, directamente, con el nombre de *Couatepetl*. En aquella pirámide debe haber estado también la cabeza de la *Coyolxauhqui*, y creo acertar cuando afirmo que la cabeza colosal que se encontró en el lote del convento de la Concepción es la cabeza de la misma.

Finalmente, mencionaré otro hallazgo importante de pocos años há. En la primavera del año de 1897 fué demolido el edificio situado en la esquina sudoeste de la Plaza Mayor, que formaba el ángulo del Portal de Mercaderes y calle de Tlapaleros; sobre este terreno se edificó luego una gran casa de comercio; pues bien: en los cimientos del antiguo edificio se encontró la gran piedra esculpida, de la cual doy un dibujo (fig. 3), representando su parte lateral. La piedra tiene cuatro caras laterales y

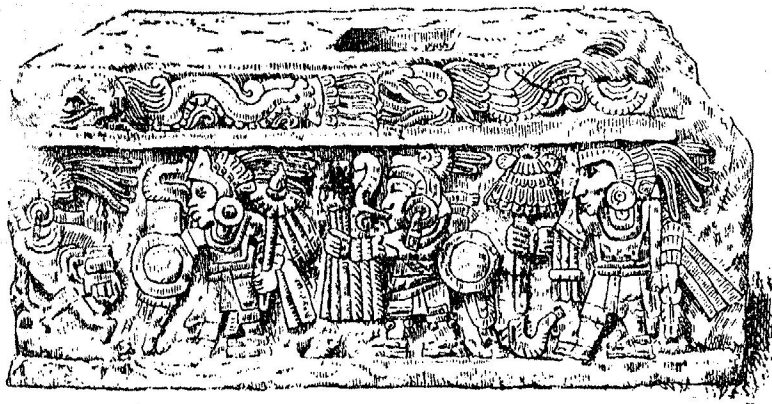


FIG. 3.

en el centro de la superficie un hueco. Parece que hubo esculturas en ésta, pero se han borrado, ó no salieron bien en la copia que he podido ver. Las caras laterales muestran por la parte de arriba una faja angosta en la cual están dibujadas unas culebras emplumadas, dos en cada lado; en el reverso se encuentran estas culebras en dirección contraria, y arriba están las fauces abiertas y las lenguas unas enfrente de otras. Debajo de la faja de la parte delantera se ve un relieve que desgraciadamente está bastante destruído; parece que representaba á la efigie del fuego, con puntas de hojas de agave y flores (es decir, sangre) en las extremidades; estas puntas, mejor púas, eran un símbolo de la penitencia, pues los mexicanos acostumbraban sangrarse en honor de sus dioses. Hay otros signos que no se pueden descifrar. En las otras caras laterales se ven las figuras de unos guerreros que portan en la mano haces de lanzas, estandartes pequeños, amuletos, ó un dardo con puntas de obsidiana, adornadas con una borla de plumas. Se nota que es una pieza arcaica y recuerda á las esculturas que conocemos pertenecientes á Tula y á Tlaxcala. El hueco en el centro de la parte superior y las figuras



de los guerreros en las caras laterales dejan presumir que esta pieza fuera un *quauhxicalli*, un vaso destinado á recibir la sangre de las víctimas, y parecida á la ya mencionada piedra de *Tiçoc*.

Llego ahora á lo que debía ser el tema principal del presente estudio; es decir, á los descubrimientos que se han hecho durante el verano é invierno del año de 1900 en la calle de las Escalerillas, la que, siendo prolongación de la calle de Tacuba, pasa por la espalda de la actual Catedral ó Iglesia Mayor, y atraviesa efectivamente, casi en su centro, en dirección de poniente á oriente, el antiguo recinto ocupado por el Templo Mayor. No clasificaré por orden cronológico las piezas encontradas, sino por clases; y sólo diré que los primeros descubrimientos se hicieron el día 16 de Octubre y que los trabajos se ejecutaron de oriente á poniente.

No se descubrieron muchos restos de edificios, pero lo descubierto es, sin embargo, bastante notable. Fuera de algunas gradas y líneas de muros, se trata principalmente de dos construcciones: la de una especie de torre en forma de cono, y la de un altar.

La torre tiene, como hemos dicho, una forma cónica: se llegó á la superficie de ella el día 20 de Octubre y á la profundidad de 8 metros; en la mitad de su circunferencia había unas almenas (figura 4); en el centro de la superficie se encuentra un agujero circular, y por este motivo se tomó al principio por una cisterna. Los muros de la torre eran de cal y canto y revestidos de argamasa. En el interior de ella se encontraron, después de haber quitado la tierra que cubría la oquedad, á un metro de profundidad, una capa de argamasa, y debajo de ésta otra vez tierra y mucho polvo negro; con este último se encontró un pequeño ídolo hecho de piedra roja, unos cuchillos de obsidiana, una multitud de fragmentos de cráneos y otros restos de huesos humanos. Soy de opinión que este edificio fué uno de aquellos que se denominaban *netlatiloyan*, esto es, unos departamentos ó cuevas en las cuales se depositaban las pieles de las víctimas que se deshollaban en ciertas festividades. Con estas pieles se vestían en dichas fiestas ciertos sujetos. Junto con las pieles deben haber estado, como se ve en los dibujos antiguos, las manos con sus huesos y acaso los pies con los suyos. Así se explica que se encontrara en aquella torre, además del polvo negro, una multitud de huesos humanos. Para evitar el mal olor se pondría á las pieles, después de colocadas allí, una capa de cal, pues esta substancia se encontró en aquella torre redonda. Según la relación que da Sahagún en el apéndice al libro segundo, existían dos *netlatiloyan*: en uno se depositaban las pieles de los sacrificados en honor de *Xipe*, en la fiesta de *Tlacaxipeualiztli*, y en el otro se ponían las de aquellos que se sacrificaban en honor de la diosa de la tierra en la fiesta llamada *Ochpaniztli*. Se afirma que en esta misma calle de las Escalerillas, á distancia de 18 metros de la torre y separado de ésta por dos muros, se han encontrado también los restos de una segunda torre redonda.

La otra construcción que se asemeja á un altar se encontró el día 20 de Noviembre del año de 1901, por el lado norte de la calle de las Escalerillas, en la zanja que se abrió en aquel lugar. Esta construcción es un cuadrado hecho de fragmentos

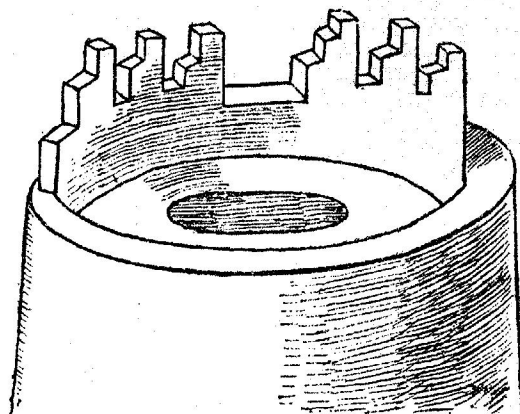


FIG. 4.

de tezontle, y mide 0<sup>m</sup>88 de alto, 1<sup>m</sup>22 de ancho y 1<sup>m</sup>95 de largo. En las caras laterales se observan dos líneas de cinco calaveras y dos de seis, de perfil y en relieve; las calaveras alternan con otras tantas canillas. La parte superior de aquel altar está revestida con estuco, y también sobre ella se ven pintadas de color azul unas calaveras y canillas cruzadas. Por el lado del oriente se levanta sobre esta base una saliente de 0<sup>m</sup>37 de altura, y en un pequeño nicho de losas había osamenta humana medio quemada. Por la relación bastante incompleta que se nos da de este objeto, es difícil formarse una opinión sobre la naturaleza de él. Unas figuras hechas de piedra se encontraron en los primeros días, y éstas llamaron la atención. Hay entre ellas una del dios del viento, *Quetzalcouatl*, y lo que llamó más la atención fué la

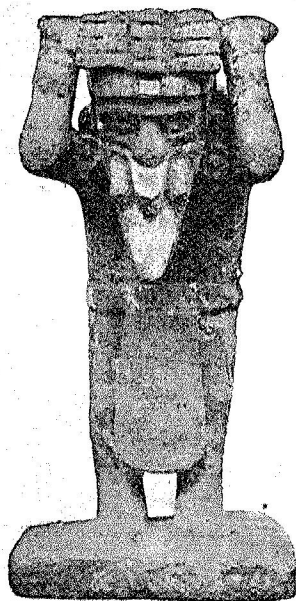


FIG. 5.

pintura del cuerpo, rojo, negro y amarillo, y el buen estado de ésta. La reproduzco bajo la fig. núm. 5. Luego se nota que su ejecución es arcaica; en las partes de la boca, que se agranda en forma de un pico de ave, se ven los signos verdaderos del dios del viento, *Quetzacouatl*. Lo más interesante es la postura en la cual se presenta aquel dios, pues es una cariátide. Conocemos las cariátides que proceden de Tula. En la colección del Sr. Perfecto Espinosa, de aquella población, existe una cariátide que se encuentra dibujada en la obra del Sr. Peñafiel: *Monumentos del Arte Mexicano Antiguo*, tomo 1.º, planchas 148 á 150, y que representa una figura de hombre. El cuerpo está rodeado por una especie de mandil de pluma, igual á la «enagüita zapoteca» de *Xipe*; la cabeza sale de las fauces abiertas de una culebra, y el cuerpo y la cola de este animal llegan, por el lado posterior de la figura, hasta el suelo. Otras dos estatuas conservan, como el dios del viento de la calle de las Escalerillas, una pintura bien clara, y las adquirió en Tlaxcala el finado Felipe J. J. Becker, y se encuentran en la colección de éste, en la Sección Americana Antigua del Museo de Historia Natural de Viena.

Una de estas figuras representa á un dios masculino con el cuerpo y la cara pintados de rojo; la figura está como la de Tula, vestida con un delantal de plumas, y muestra por detrás un gran espejo en forma de cruz (*cuítlatezcatl*), semejante al de las figuras de Chichen-Itza. La segunda cariátide de la colección Becker es una figura de mujer, y está pintada con el color de las mujeres, de amarillo; la cara sale de las fauces de un reptil pintado de azul, teniendo en la cabeza y en el lomo una cresta roja. Una gran serie de cariátides ha descubierto Teoberto Maler, en Chichen-Itza, en un templo que está situado á algunos centenares de pasos de la gran pirámide de aquel lugar y en la dirección del sudeste de esta última. Maler ha denominado á este edificio «el templo del dios recostado.» (1) Son dos veces siete cariátides, y éstas se asemejan extraordinariamente en sus posturas á la cariátide varonil y roja de la colección Becker; aquellas también están pintadas de rojo-moreno, y los adornos de verde ó verde-azul. Iguales á las cariátides de Becker y de Tula son las vestiduras de la de Chichen-Itza: un delantal de plumas y en algunos lugares paño. Las cariátides de Chichen-Itza servían, estando en doble fila y juntamente con otra línea de columnitas cortas, para sostener una losa cuadrada de 3<sup>m</sup>00 de largo y 1<sup>m</sup>50 de ancho, que se encontraba en la pared posterior de la verdadera *cella* del templo. Las figuras no tienen un tamaño igual, pues varían de

(1) Globus, LXIII, 279 á 281, Octubre de 1895.

64 á 38 centímetros, y esta diferencia se remedió enterrándolas más ó menos en el suelo, que está aplanado con estuco rojo. En uno de mis trabajos (1) he indicado que las esculturas de Chichen-Itza, como las del Castillo en el Templo del Juego de Pelota, en el del dios recostado y otros monumentos, llevan señales claras de haber sido fabricadas por mexicanos y no por una población que hablara el idioma maya, y que esto prueba una relación íntima entre estas esculturas y el arte arcaico mexicano. Esto no es atrevimiento cuando me refiero á las cariátides de Tula y Tlaxcala, y la del dios del viento de la calle de las Escalerillas, ó á lo que probó Teoberto Maler con las cariátides de Chichen-Itza. Mi opinión es que estas cariátides serían figuras de dioses, en la acepción de sostenedores del cielo; en los códices vemos principalmente á *Quetzacouatl* en su carácter de mantenedor de la bóveda céntrica. Encontramos estas figuras en el Códice Borgiano 49 á 52 (Kingsborough 63 á 66), y también aisladamente en el Códice Vaticano B (19-22), (Kingsborough 67 á 70) lámina 47 del Códice de la Biblioteca de la Corte Imperial y Real de Viena. En el Códice Borgiano y en el del Vaticano B, están representados cuatro de estos sostenedores, correspondiendo á las cuatro direcciones principales del zodiaco. Estos son: 1. *Tlauizcalpan tecutli*, la divinidad de la estrella matutina. 2. Una forma especial de *Xiuhtecutli*, dios del fuego. 3. *Quetzacouatl*, dios del viento, y 4. *Mictlantecutli*, dios de la muerte. Estos alternan con otros cuatro que tienen el *chicauastli* (sonaja) en la mano, y que tal vez sean los sostenedores de la tierra. Estos últimos son: 1. *Xipe Totec*, el desollado; 2. *Mictlantecutli*, dios de la muerte. 3. Un dios de las flores, y 4. *Cinteotl*, diosa del maíz. No puedo dejar de advertir que en la Crónica de *Tesozomoc*, al hablar de la construcción del templo mayor, se dice que para la conclusión de aquel faltaban aún los *Tzitzimimêc*, *Ilhuicatzitziquique*, «ángeles del aire,» sostenedores del cielo, que se denominaban también *Pellacotsitziquique*, tenedores del petate de caña «y seis tenedores y sustentadores del cielo,» (2) es decir, los *Tzitzimimê*, los dioses del aire, que traían las lluvias, aguas, truenos, relámpagos y rayos, y que habían de estar rodeando á *Uitsilopochtli*. (3) Estos dioses, signos y planetas llamados *Tzitzimimê* se colocaron más tarde en la altura del templo (4) y al rededor del ídolo *Uitsilopochtli*. Advierto, además, que no hay duda que por estos *Tzitzimimê* se entienden unas divinidades de los astros, que sólo porque se ven las estrellas durante el día á causa de un eclipse solar, se convirtieron en unos demonios de las tinieblas; se presumía que al acabarse el orbe terráqueo bajarían del cielo aquellas divinidades. En el Códice *Telleriano-Remensis*, donde da el intérprete los nombres de algunos *Tzitzimimê*, se encuentran en dos pasajes cada vez los nombres de *Tlauizcalpan tecutli* y *Quetzacouatl*. Es, por consiguiente, muy probable: 1.º, que se encontraran en el santuario de *Uitsilopochtli* unas cariátides, acaso como sostenedoras de la base sobre la cual se levantaba el dios, y 2.º, que una de estas figuras fuera el dios *Quetzacouatl*. Por este motivo es también probable que la cariátide encontrada estuviera no en una «capilla del dios del viento,» sino en el mismo santuario del dios principal; es decir, de *Uitsilopochtli*.

La figura de *Quetzacouatl* encontrada en la calle de las Escalerillas me ha hecho entrar en digresiones. Procedo á la descripción de otra, la núm. 1 (lám. II), que se encontró en los primeros días. Parece que el Sr. Batres, que oficialmente vigiló estas excavaciones, dijo á los reporters que esta figura era simplemente una figura paralela de

(1) *Quetzacouatl Kukulcan* en Yucatán. *Zeitschrift fuer Ethnologie* XXX, 1898, pág. 379 á 416.

(2) *Crónica Mexicana*, cap. 38.

(3) *Crónica Mexicana*, cap. 59.

(4) *Crónica Mexicana*, cap. 66.

la que damos con el núm. 1, ó sea del «Indio triste.» Conforme á la explicación que he dado atrás creo debe haber existido una figura igual á aquella; mas la figura de piedra núm. 1 (lám. II) no tiene que ver nada con el «Indio triste.» Es cierto que aquella está sentada, pero ésta tiene los brazos cruzados, mientras que el «Indio triste» portaba evidentemente un bastón. La cara de la figura dicha es también distinta de la del «Indio triste,» pues muestra las arrugas y los dos dientes salientes del antiguo *Ueuetotl*, del dios del fuego; la figura es igual á las que se ven dibujadas en las esculturas de Teotihuacán, y que llevan en la cabeza un brasero. Los dos adornos corniformes sobre el vértice indican acaso los dos maderos, *ome quammanalitli*, que llevaba el dios del fuego como un adorno de su tocado.

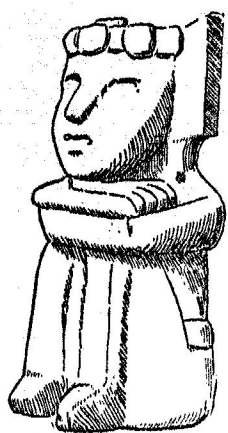


FIG. 6.

Una tercera figura sentada es la núm. 6, de la cual he visto sólo un dibujo imperfecto publicado por la prensa. Los periódicos dicen que esta figura representa, quizá por la identificación hecha por el Sr. Batres, la efigie de *Macuilxochitl*. La figura lleva el *tlaquechpan*, la cinta de la nuca de los dioses de las lluvias y de las montañas, y se debe considerar como pariente de estos últimos.

La fig. 2 (lám. II) se encontró el día 13 de Diciembre y mide 1<sup>m</sup>05 de alto; está pintada de rojo y es una verdadera efigie del dios de los placeres, del baile y del juego, y se denominaba *Macuilxochitl*, «cinco flor,» ó *Auiatl*, «placer.» La representación es la misma que he descrito atrás. De la figura del ave *coxcotli*, que es el disfraz ó la máscara de aquel dios, se nota tan sólo la cresta de plumas en forma de un apéndice piramidal, y además una indicación de los ojos y de las alas, semejante á dos rosetas con una cinta colgante; la cola está representada por otra roseta en la parte posterior de la cabeza, con un mechón de pelo que mide 78 cm; la figura es igual á otras que se ven en la colección del Museo Imperial y Real de Historia Natural de Viena. Era costumbre representar á *Macuilxochitl* encucillado, pues se colocaba su efigie en la plaza de juego de pelota, considerándole como si fuera un simple espectador. Vemos en el plano (lám. I), que en el recinto del templo mayor, y precisamente en su centro y enfrente de la entrada principal, existía un juego de pelota (*tlachtli*). Puede ser que la figura de *Macuilxochitl* (fig. 2, lám. II) que se encontró en las excavaciones que se hicieron en el año pasado, estuviera colocada en aquel sitio.

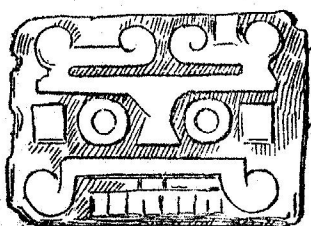


FIG. 7.

Otras dos figuras de piedra con la cara del dios de las lluvias, *Tlaloc* (núms. 7 y 8), se encontraron en la calle de las Escalerillas, más dos cabezas de culebrás, que probablemente no proceden del *coatepantli*, y algunos fragmentos de jeroglíficos. Se encontraron igualmente otros fragmentos de figuras y pinturas hechas de piedra ó argamasa, en todo parecidas á aquellas que conocemos son de procedencia maya, y especialmente originarias de Palenque. Aun no he logrado ver los dibujos de estos fragmentos.

También se hallaron unas figuras pequeñas fabricadas de piedra verde ó jade, y de otras que se pueden

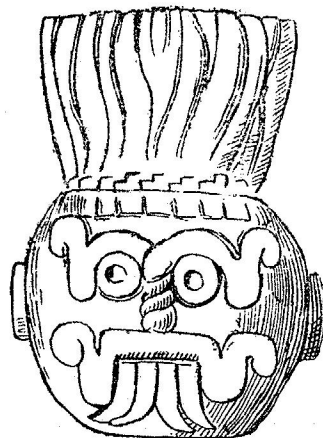


FIG. 8.

pulimentar, juntamente con cuentas de piedra y vasijas. Entre éstas hay una cuadrada que tiene su tapa; esta vasija contenfa 17 cuchillos de piedra de diferentes tamaños, una multitud de cuentas de piedra verde, huesos, una cabecita de barro y tres bolas de piedra: una de éstas estaba pintada de azul y las otras dos de rojo.



FIG. 9.

Salieron igualmente de ahí unas muy curiosas figuras hechas de copal, de 14 centímetros de alto. Por la relación que Sahagún nos da de la fiesta *Etsalqualiztli*, llegamos á saber que el *ulli* que se quemaba en ella en honor de los dioses, tenfa la forma de bolas ó de figuras á las cuales se les daba el nombre de *olteteō*, «dioses del hule.» Es probable que sirviera para este mismo uso la figura de copal núm. 9.

Son muy notables dos vasijas de barro finamente pintadas (figs. 3 y 4, lám. II); pero desgraciadamente sólo puedo dar los croquis de ellas, pues las fotografías que he visto hasta ahora dan unas indicaciones incompletas de los colores, símbolos y figuras que están representadas en ellas. También merecen mencionarse unos sahumerios (*tlematli*) de la forma común, con su mango hueco: la extremidad de uno de estos mangos remata en la figura de una ca beza de culebra, y la del otro, en una garra de águila (figs. 5 y 6, lám. II). Digna de notar es una urna cuadrada de barro pulido, de color negro lustroso (fig. 10): esta urna tiene una tapadera con un agujero circular en el centro. Hay dos objetos circulares (fig. 11) con tapadera, y cuya superficie es verrugosa.

Se encontraron ellos en los días 16 y 17 de Octubre. Por el principio del mes de Diciembre se extrajeron otros objetos, también de barro, de los cuales no puedo dar los dibujos.

En esos mismos días del mes de Octubre encontraron los operarios unos objetos metálicos; algunos cascabeles de cobre, de los cuales se han podido reunir unos ciento cincuenta, y objetos de oro; se encontraron, además, dos discos de oro muy bien pulidos é intactos (fig. 12): uno de los discos tiene un diámetro de 20 centímetros y muestra unas pequeñas horadaciones para pasar un hilo. Finalmente, mencionaremos otros cuatro discos de oro para las orejas y un

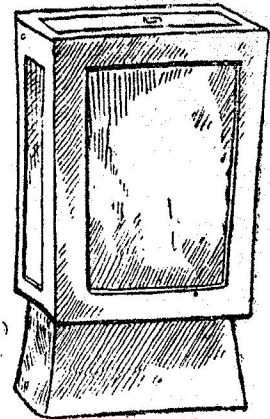


FIG. 10.

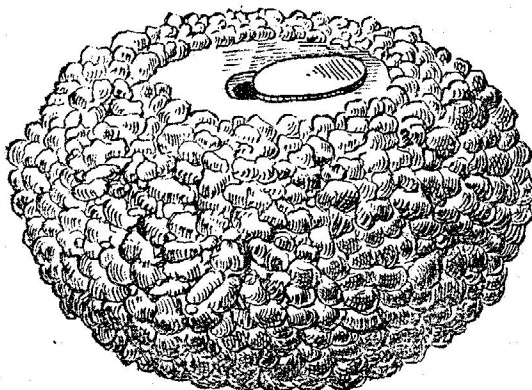


FIG. 11.

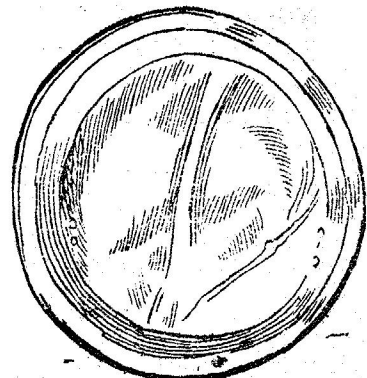


FIG. 12.

adorno para las narices: la fig. 13 representa á este último en proporción de las tres cuartas partes de su tamaño natural, según el grabado de los periódicos.

Discos de oro, *teocuilacomalli*, se usaban por los príncipes y los dioses, y se llevaban con una gargantilla de cuentas de jade. Placas para las narices al estilo de la que se representa en el grabado, bajo la figura de una mariposa ó de una asa, *yaca uicolli*, ó *yaca papalottl*, eran el distintivo particular del dios del pulque, de las diosas de la tierra y de la nación huasteca.

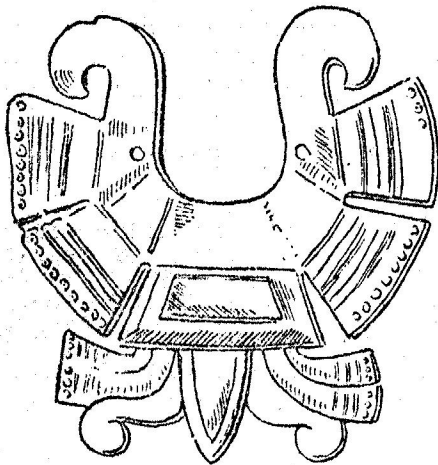


FIG. 13.

El hallazgo de los objetos de oro es importante no sólo por el valor del material, sino por el hecho de que casi no nos ha quedado vestigio alguno del arte afamado de los joyeros antiguos mexicanos, y por la razón de que los conquistadores no apreciaban el valor artístico de estos objetos y los fundían.

Mencionaré, además, numerosos objetos de arte menudo, como son los tambores de barro, (*teponastli*), trompetas de caracol pertenecientes al servicio del templo, pipas de barro, máscaras y adornos de concha. Estos objetos sólo presen-

tan interés cuando es posible estudiarlos mediante buenos grabados, ó en los originales. En resumen: esto es todo lo que se ha descubierto hasta el principio del año 1901. Para la antigua topografía del templo y otras cosas que quisiéramos conocer y que tienen relación con él, los resultados de las excavaciones han sido bastante insignificantes. Las esperanzas muy exageradas que se abrigaban con este motivo no se han realizado. Sin embargo, han salido á la luz del día una multitud de objetos interesantes, y la importancia de los descubrimientos ha aumentado en consideración al sitio donde fueron hechos. Parece que recientemente se ha antepuesto la necesidad práctica de los trabajos de la canalización y del saneamiento, á los de las excavaciones. Es de esperarse que no se pierda el interés científico despertado por estos descubrimientos, y que ellos se lleven en una forma racional, suministrándonos, en lo tocante al México antiguo, datos seguros sobre los cuales se puedan basar el conocimiento de los acontecimientos y de las correspondencias prehistóricas.

NOTA.—Después de haberse impreso este trabajo llegó á mi poder una serie de muy bien acabadas fotografías que tuvo la bondad de facilitarme el Dr. Gualterio Veit, tomadas de los originales que existen en el Museo Nacional de México. De estas fotografías resulta que se han encontrado, además de las piezas descritas, otras muchas, que son: una placa con una preciosa figura de águila, una silla de juncos con el espejo humeante de Tezcatlipoca, y otros objetos. Por las fotografías se ve que los sahumerios representados en las figs. 5 y 6 (lám. II), y otros parecidos, están primorosamente pintados, y que llevaban en la parte exterior del recipiente la efigie del dios de las lluvias, *Tlaloc*, y otros símbolos.

Tradujo

*Carlos Breker,*

Miembro de la Sociedad Imperial y Real  
de Geografía de Viena.